

## REGRESO A CHICKEN STREET <sup>1</sup>

Kabul. La simple mención de su nombre evoca imágenes de exotismo oriental envuelto en la bruma de las mil y una noches. Más de 3.000 años de historia emplazados en las alturas. Nadie sabe a ciencia cierta por qué se llama Kabul. La leyenda más poética cuenta que es el resultado de combinar las palabras persas *ab*, agua y *gul*, flor. Las cumbres del Hindu Kush la rodean coronándola reina de las montañas. El río homónimo atraviesa la ciudad donde más que en ninguna otra parte se mezclan un millón de representantes de las diferentes etnias de Asia Central y Oriente Medio hablando en trece lenguas y dialectos. George Foster, viajero inglés del siglo XVIII, la describió como la ciudad más limpia de Asia. El emperador Babur, fundador de la dinastía mogol de India, la amó con pasión y le dedicó odas y poemas. Durante los dos últimos siglos y medio por sus palacios y fuertes pasaron más de treinta reyes, emires y presidentes, todos fueron depuestos de forma violenta o asesinados. Árabes, mongoles, uzbekos, británicos, soviéticos, tayikos y pashtunes intentaron controlar desde Kabul un país más escurridizo que un pez húmedo. Los talibanes fueron los últimos en intentarlo y también fracasaron. Y ahora, ¿qué?

Kabul era la única población merecedora de llamarse ciudad en Afganistán. En los setenta fue lugar de moda entre los hippies europeos de paso hacia India o Irán. Se alojaban en el hotel Ziggy de *Chicken Street*, escuchaban las canciones de Janis Joplin, tocaban la guitarra en las calles, compraban opio o marihuana en cualquier esquina y comida en el supermercado ruso. El parque zoológico exhibía canguros de Australia. El Museo Nacional albergaba miles de joyas, estatuas de terracota, relieves y utensilios de todas las épocas. La embajada británica organizaba suntuosas recepciones en su edificio victoriano. Algunas chicas llevaban minifalda y tacones de aguja por las calles. En el Hotel Intercontinental servían vino y hacían espectáculos de cabaré. La tienda de Marks & Spencer estaba frente a la Mezquita Azul.

Un día fue así. El presente era diferente, decrepito. Los monumentos y edificios oficiales o culturales estaban destruidos o bien ocupados por militares y desplazados venidos de las montañas. Los diplomáticos habían evacuado el país una década atrás, casi todos los animales del zoo habían muerto por las bombas o de inanición, las aulas de las facultades estaban vacías y las piezas del Museo Nacional podían adquirirse en las tiendas de antigüedades del bazar. A pesar de las oleadas de violencia que de forma recurrente azotaban Afganistán, la capital sobrevivió relativamente intacta hasta la retirada soviética de 1989. Kabul fue destruida por las guerras fratricidas entre los grupos muyahidines de la primera mitad de los noventa. Hasta que aparecieron los talibanes. Éstos la asediaron durante muchos meses y la ocuparon en septiembre de 1996. Los talibanes fueron recibidos como libertadores. Masud y Rabbani abandonaron la capital, entonces les tocó a ellos bombardearla durante cinco años desde sus bases al norte de la ciudad. Dos días antes de los atentados de Nueva York y Washington, el León del Panjshir<sup>2</sup> fue asesinado por un par de falsos periodistas suicidas. No fue una casualidad. Después del 11 de septiembre llovieron sobre Kabul misiles ‘inteligentes’ lanzados desde cazas de combate norteamericanos que abrieron el camino de retorno de los hombres de Rabbani y el General Fahim, el militar que reemplazó a Masud. El 13 de noviembre de 2001 los guerrilleros de la Alianza del Norte entraron en la capital, también fueron recibidos como libertadores. Treinta mil, cincuenta mil, setenta mil, ¿cuántos residentes de Kabul habían muerto o quedado mutilados para toda la vida durante todos aquellos años? Nadie lo sabe con certeza.

En viajes anteriores siempre había llegado a Kabul por tierra o por el aeropuerto internacional pegado a la ciudad. Esta vez nos vimos obligados a aterrizar en la pista de la Base aérea de Bagram, a una hora y media en coche al norte de Kabul. El aeropuerto de la capital había sido dañado por el bombardeo aliado. Al pie de la escalerilla de la avioneta, dos soldados estadounidenses uniformados, hombre y mujer, me dieron la mano. Prolongaron el saludo unos segundos más de lo habitual para permitir al periodista militar que les acompañaba tomar fotos del evento y de mi rostro sorprendido.

—Hi! Welcome to our home (Hola. Bienvenido a nuestro hogar) —dijo el soldado.

—Gracias —fue lo único que acerté a responder estupefacto por el recibimiento y la frasecita de llegada. Bagram, ¿hogar americano? Supongo que aquella imagen debió publicarse en algún boletín o revista interna de la *US Army*.

---

<sup>1</sup> Este artículo está basado en varios capítulos del libro “Afganistán también existe” que será publicado en septiembre por RBA y que narra las experiencias del autor durante los tres años que vivió en el país asiático entre 1994 y 2002. Este texto recoge las primeras impresiones del autor durante su quinto viaje a Afganistán, el primero sin los Talibanes, en noviembre y diciembre de 2001.

<sup>2</sup> Sobrenombre con el que se conocía a Ahmad Shah Masud.

Pisé territorio afgano con más ansiedad que nunca. Inspiré varias veces profundamente el aire puro y helado como para adaptarme a la nueva situación. Miles de personas habían perdido la vida por el trozo de tierra bajo mis zapatos. La Base aérea de Bagram fue una de las zonas que cambió de manos con más frecuencia durante la guerra entre los talibanes y la Alianza del Norte. Un hombrecillo afgano sin barba, con una chaqueta de piel negra más grande y pesada que él, se me acercó y pidió el pasaporte. Sin revisarlo estampó la entrada en una de sus páginas y agradeció mi presencia en Afganistán. Miré el sello: “Ministerio de Asuntos Exteriores, Estado Islámico de Afganistán”. El Emirato Islámico y los talibanes que lo inventaron habían desaparecido o, mejor dicho, estaban en vías de extinción.

La llamada Operación Libertad Duradera, antes Justicia Infinita, consecuencia de los atentados contra Estados Unidos, había expulsado a los talibanes de todo el norte, oeste y centro del país devolviéndoles a su reducto en las provincias pashtunes del sur. El Mulá Omar y sus fieles seguidores todavía resistían en Kandahar y sus alrededores. La guerra de la coalición internacional dio comienzo el 7 de octubre y se efectuaba desde el aire a golpe de mortífera tecnología. A nivel de tierra, los muertos y el trabajo sucio de Estados Unidos y Europa los ponía la Alianza del Norte que hacía de infantería subcontratada e iba ocupando el espacio dejado por los talibanes en retirada. La milicia islámica fundamentalista perdió en poco más de un mes lo que tardó seis años en conquistar. Ocurrió precisamente cuando controlaba todas las grandes poblaciones y la victoria final talibán parecía inmediata, entonces su reconocimiento internacional sería inevitable.

Subí al coche en cuyo interior me esperaban Qassim y Amanullah, viejos conocidos de anteriores visitas a la capital. Ambos se habían quitado la barba y dejado bigote, no habían abandonado el *shalwar camiz*<sup>3</sup> y sonreían de oreja a oreja. Después de los abrazos y saludos nos dirigimos a la puerta de salida de la base. Avanzamos por el asfalto rodeados de construcciones sin techo vigiladas por *marines*, casi todos negros y latinos, aburridos, sentados en las piedras. Al otro lado de la verja principal, una marea humana y mecánica se agolpaba atraída por los nuevos inquilinos de la base. Salimos del enclave estadounidense y entramos en el Afganistán real cercados por una multitud que golpeaba las ventanillas del coche y gesticulaba. Bajé el cristal para oír lo que decían los exaltados.

—*Welcome, welcome, how are you?, good, good, Michael Jackson, yes, American?, American?* — chillaban cien cabezas atolondradas.

—No. No soy americano, soy de España, *Hispania* —respondí en dari estrechando varias manos a la vez.

—*Hispania* está en América ¿no?

—No, está en Europa.

—Europa está en América ¿no?

—No. Europa está en Europa.

—*Yes, yes, America, America...*

Las tropas estadounidenses aún no habían pisado el exterior de la base donde se habían atrincherado y la *americanmania* ya había calado en la cultura local.

—¿Conoces a Mónica Lewinsky?

Probablemente Mónica no lo sabía pero era una estrella sexual en Afganistán. A los afganos les encantaba que hubiera humillado al presidente norteamericano pero al mismo tiempo envidiaban a Clinton de forma inconfesable.

—No, no la conozco.

—¿Ahora está con Bush?

—No tengo ni idea, tal vez esté con Bin Laden.

Mi tontería desató una andada de carcajadas, aspavientos y ¡ooohs!

—Para, para el coche, toma té con nosotros —seguían gritando las voces a nuestro alrededor.

—Es Ramadán, no podemos tomar té —advertí mientras acelerábamos.

—*Welcome, welcome, very good, yes Monica, yes, friend, friend, American, American...*

Me sentí mejor. Todo seguía igual en Afganistán.

No todo. Pasé semanas dando vueltas por la ciudad, hablando con la gente en sus calles, bazares y jardines, escudriñando el paisaje urbano en busca de cambios. Algunos eran obvios, por ejemplo la desaparición de bastantes barbas y la aparición de unos cuantos pantalones tejanos y camisetas estampadas, sobre todo entre los más jóvenes. También se hacían notar los kioscos de música que en tiempos talibán solo vendían abiertamente arengas de mulás y ahora tenían altavoces en plena calle con lo

---

<sup>3</sup> El *shalwar camiz* es la indumentaria que llevan casi todos los afganos. Consiste en unos pantalones bombachos y una chilaba de manga larga que llega hasta las rodillas.

último de estrellas indias a todo volumen. Algo parecido ocurría con las tiendas de televisores, antenas satélite y cintas de vídeo. En general, había más coches, más animación y una especie de aire festivo en los rostros, en los masculinos claro está porque los femeninos, como era previsible, seguían borrados por un burka aunque los talibanes estuvieran a muchos kilómetros de allí.

—Ya verás, espera al final de Ramadán. Cuando lleguen las fiestas de Id las mujeres saldrán a la calle, se quitarán los burkas y los quemarán públicamente —me dijo con entusiasmo el vendedor de una de las tiendas de alfombras de la avenida Akbar Khan—. Todas irán destapadas.

Aquella fanfarronada no se la creía ni él. Puse a prueba su teoría con lo más sagrado, su propia familia.

—Entonces, para celebrar Id y que los talibanes se han marchado para siempre, permitirás a tu mujer, hijas y hermanas salir a la calle sin el burka, solo con el pelo cubierto con un pañuelo.

—No, no, no, no, no. En nuestra familia nunca permitiríamos eso, nuestras mujeres han de ir tapadas. Solo la gente educada se destapará.

*Chicken Street* y *Flower Street*, las calles del pollo y la flor respectivamente. Las visitaba cada vez que iba a la capital. Algo así como una mezcla cutre de las neoyorquinas Quinta Avenida y Chinatown metidas en la parte nueva de Kabul. Sus comercios estaban especializados en la venta de artículos y productos al gusto de los expatriados. Joyas, marihuana, alfombras, artículos de piel, heroína, armas viejas, antiguallas británicas, piedras semipreciosas, todo de pésima calidad y tres veces más caro que en cualquier otra tienda de la ciudad. Los propietarios de los establecimientos podían pasar horas y horas contando historias increíbles sobre sus clientes de la segunda mitad del siglo XX. Los hippies fumados sin un duro y los generosos diplomáticos de los sesenta y setenta, las juergas con prostitutas y ríos de alcohol de los soviéticos en los ochenta y los ‘virtuosos’ humanitarios de los noventa bajo las bombas muyahidín y la represión talibán. Escuchar a los charlatanes de *Chicken Street* era como revivir en directo la historia reciente de Kabul. Ahora esperaban añadir a su larga lista a los soldados norteamericanos, consumidores modélicos con “dólares, muchos dólares”, pero todavía no habían llegado a la calle del pollo. En cada tienda las preguntas eran similares.

—¿Cuándo vienen los americanos? —decían frotándose las manos.

Parecía una versión pirata asiática de Bienvenido Mister Marshall de Berlanga, de Villar del Río a Kabul.

—Están en Bagram y, por lo que se ve, no salen mucho de allí.

—Entonces, ¿para qué han venido a Afganistán? Tienen que salir y venir a comprarnos cosas, a gastar sus dólares.

—Ya se lo diré la próxima vez que los vea.

—Turistas, ¿cuándo vienen los turistas? Los japoneses, ¿cuándo vienen los turistas japoneses?

—Creo que aún falta un poco para eso. Paciencia.

En pleno centro de la capital, conocido de forma significativa como la Plaza de Pashtunistán, se encontraba el macizo edificio de correos, siempre a rebosar de clientes. A la salida me encontré con Obaidullah, probablemente el panadero más culto de la capital. Treinta años antes había enseñado literatura inglesa e historia en la Universidad de Kabul, cuando la monarquía tocó a su fin perdió el empleo acusado de anticomunista. Resignado, abrió una panadería con uno de sus hermanos muy cerca de la casa donde yo me alojaba cada vez que visitaba Kabul. Decidió unirse a mi tour urbano. Detrás de correos estaba el Hotel Spinzar un clásico de otros tiempos, un parador de primera en las últimas que rememoraba días de gloria pasada gracias a la marabunta de periodistas que había invadido la ciudad. Deambulaban por todas partes, filmaban y tomaban fotos a diestra y siniestra, algo casi imposible durante los años talibán. Además, muchos kabulíes tenían auténticas ansias de ser fotografiados, parecían querer recuperar el tiempo perdido después de varios años alejados de las cámaras. El paraíso de los periodistas eran las ruinas de la calle Jad-e-Maiwand. Muchos hacían entrevistas y enviaban las crónicas en directo con la desolación de fondo, supongo que era lo que más vendía o, como dirían algunos de ellos, “es lo que el público quiere ver”, como si nada tuviera que ver lo que se quiera enseñar. Al final de la calle tuvimos que rescatar con el coche a una joven fotógrafa inglesa de un periódico amarillista que estaba a punto de ser engullida por una jauría de afganos más excitados que enojados. Sarah vestía botas de montaña, pantalones elásticos pegados como una segunda piel y una camiseta dos tallas más pequeña. Saltaba a la vista que era su primera vez en Afganistán. La chica era todo curvas y los afganos hacía mucho que no conducían. Las cosas todavía no habían cambiado tanto en Afganistán, un país donde las innovaciones súbitas no gustan nada y todo necesita mucha calma y mucho tiempo.

La salida de los talibanes de Kabul creó un vacío de poder en la ciudad. La capital había sido ocupada por soldados armados de Jamiat-e-Islami, la facción principal de la inestable coalición de partidos muyahidines que era la Alianza del Norte. En 1992, cuando las tropas de Jamiat al mando de Masud conquistaron la capital, Estados Unidos y Europa reconocieron al tayiko Burhanuddin Rabbani como

presidente legítimo del gobierno de Afganistán. Siguieron haciéndolo después de la entrada de los talibanes en Kabul en septiembre de 1996 y durante todos los años siguientes. En octubre y noviembre de 2001, el papel del presidente Rabbani y el de su partido fueron clave en el desarrollo de la operación Libertad Duradera, la Alianza del Norte proporcionaba la carne de cañón para la “Guerra total contra el terrorismo”. Cuando los talibanes fueron expulsados de la capital y llegó el momento de la verdad, Occidente se echó atrás y decidió impedir a toda costa que Rabbani siguiera en el cargo. De la noche a la mañana el aliado se convirtió en un estorbo. La Casa Blanca temía enojarse a los líderes de las tribus pashtunes si continuaba reconociendo a Rabbani en su cargo, algo que había hecho contra viento y marea durante los últimos nueve años. Los aliados occidentales no querían ser vistos como defensores de los tayikos, un poco tarde para eso. Alguien en Washington y Londres no se había leído la historia reciente de Afganistán.

La CIA buscó debajo de las piedras algún pashtún que poner al frente de un posible gobierno provisional. En Pakistán encontró al antiguo muyahidín Abdul Haq. El hombre elegido entró en Afganistán acompañado de tres soldados norteamericanos para buscar apoyo entre los líderes pashtunes, una operación secreta del espionaje estadounidense de la que todo el bazar local estaba informado. Abdul Haq fue capturado y ahorcado por los talibanes, los *marines* lograron escapar. Después apareció Hamid Karzai, un pashtún relativamente desconocido, hijo de políticos que sirvieron en tiempos del rey Zahir Shah. Fue a la universidad en India y luego se instaló en Quetta, Pakistán, donde su familia tenía negocios de hostelería con ramificaciones en Chicago, San Francisco, Boston y Nueva York, lugares a los que viajaba con frecuencia. Karzai ocupó el cargo de viceministro de exteriores en el gobierno muyahidín de Rabbani de principios de los noventa. Decepcionado con la experiencia, apoyó abiertamente el nacimiento de los talibanes a los que consideraba hombres decorosos y buenos musulmanes. Más tarde se distanció de ellos y comenzó a oponerse. Karzai se perfilaba como el favorito de la Casa Blanca para el cargo de presidente interino de un gobierno de transición multiétnico que se decidiría en una conferencia de paz en Bonn a finales de noviembre. El tema de discusión en los bazares era la composición étnica y faccional del futuro nuevo gabinete y la lucha de poder que estaba desarrollándose entre bastidores.

A rey muerto, rey puesto. La ciudad entera sufría una invasión de fotografías tamaño folio de Ahmad Shah Masud. Su imagen estaban en todos los escaparates, bares, tiendas, plazas y parabrises de taxis y vehículos militares. La única película que pasaban en el resucitado cine Bakhtar era un documental propagandístico sobre sus hazañas bélicas. Tras su asesinato, los dirigentes de Jamiat-e-Islami pusieron en marcha una campaña masiva de entronización del León del Panjshir. En su tumba estaban erigiendo un mausoleo. No había ni gobierno pero ya se hablaba de la ubicación del monumento que querían dedicarle y de nominarlo para el Premio Nobel de la Paz. En realidad, la construcción del mito Masud había comenzado varios años atrás con el apoyo del gobierno francés, discreto al principio y escandaloso más tarde con audiencias y ruedas de prensa en París, documentales panegíricos de televisión y libros sobre su vida. Masud había estudiado en el Liceo Francés de Kabul, provincianismo al mando de la política exterior gala. Masud era un brillante estratega militar y relaciones públicas. El León del Panjshir era de todo menos un santo. Su lluvia de morteros contribuyó a la destrucción de Kabul. Entre 1992 y 1996, mientras reinó en la capital, las escuelas femeninas fueron clausuradas, los cines convertidos en mezquitas, supervisó la matanza de centenares de hazaras de la ciudad y provocó el desplazamiento de miles de civiles. También hizo todo lo posible para que los planes de paz diseñados por Naciones Unidas fracasaran uno tras otro. Masud no era peor que los demás líderes muyahidines o los talibanes pero tampoco era mejor que ellos. Aunque, ¿quién dijo que los héroes o los políticos tuvieran que ser santos? El Mulá Omar ha muerto, viva el León del Panjshir.

En la calle las bromas y chismes sobre la evolución del conflicto eran el pan de cada día. Las burlas más abundantes eran las relacionadas con el paradero de Bin Laden y el Mulá Omar y las meteduras de pata de los *marines*. La más celebrada, y con razón, era la del Mulá Omar escapando en motocicleta del cerco estadounidense en las montañas al norte de Kandahar tras la caída de la ciudad. Cualquiera que conociera un poco Afganistán sabía que aquello era imposible, ¡una motocicleta en las montañas!, ¡conducida por el tuerto Omar! Todos, menos la Casa Blanca que dio la noticia al mundo, tenían la certeza de que se trataba de una tomadura de pelo mayúscula. Los líderes pashtunes de la región despistaban a los agentes de la CIA, les prometían que estaban negociando con el Mulá Omar su redención cuando el dirigente talibán probablemente se encontraba a miles de kilómetros de allí.

Mientras tanto en Kabul nadie y todo el mundo mandaba. Cada día llegaban a la capital una media de mil nuevos desplazados. Vivían bajo plásticos por todas partes, en las afueras, en los descampados y entre los cascotes. El delito común y la venganza de deudas pendientes se habían disparado tanto en la ciudad

como en las carreteras. Antiguos desacuerdos familiares, políticos o económicos se saldaban con acusaciones falsas de pertenecer a Al Qaeda que la CIA tomaba en serio. La gente seguía sin trabajo, sin dinero, sin comida y sin escuelas. Un día aparecieron varios camiones militares rusos en el centro de la ciudad. Los soldados abrieron la parte posterior de los toldos y ofrecieron a los paseantes paquetes de comida y libros en ruso. Al principio los afganos se mostraron tímidos y con razón ¿Los odiados rusos otra vez en Kabul? ¿Otra invasión? Volvieron las memorias de diez años de ocupación soviética, un millón de muertos y desaparecidos y cuatro millones de desplazados y refugiados. Una multitud desconfiada fue creciendo alrededor de los amables y jóvenes reclutas. Los soldados anunciaron que iban a construir un hospital de campaña para atender a la población civil. Las mujeres fueron las primeras en dejarse de tonterías y aceptar los regalos, los tiempos no estaban para andarse con reparos. Hacía doce años que los invasores de Moscú habían abandonado Afganistán humillados y aquí estaban de nuevo, reconvertidos en ejército humanitario. Esta vez eran los norteamericanos los que lanzaban las bombas. Por si fuera poco, en Bagram estaba acampado el ejército británico, otra potencia diezmada por las cuadrillas afganas durante las dos guerras que les enfrentaron en el siglo XIX. Los ingleses también habían vuelto a Afganistán, pero para bombardear con los hombres de George Bush. ¿Revancha histórica?

Como era de esperar, las denuncias sobre nuevas atrocidades cometidas por los soldados de la Alianza del Norte no tardaron en llegar. Robos, ejecuciones masivas durante la toma de Kunduz, desapariciones, el aplastamiento brutal del motín de la prisión de Qala-e-Jangi. Las reglas de la nueva “Guerra total contra el terrorismo” eran las viejas reglas de siempre. Todo aquello violaba de forma escandalosa el derecho internacional humanitario más básico y esencial. No eran prácticas novedosas en el conflicto afgano en absoluto pero esta vez los combatientes de la Alianza del Norte trabajaban para la coalición occidental. El Pentágono dirigía el curso de la guerra por control remoto desde Washington, las bases militares de Uzbekistán y desde sus seguros aviones a varios kilómetros de altura sobre suelo afgano. Sobre el terreno, los jóvenes soldados estadounidenses vivían atrincherados en los aeropuertos convencidos de que todos los afganos eran terroristas extremadamente peligrosos y fanáticos dispuestos a secuestrar un avión en cualquier momento y pilotarlo contra el primer edificio alto que encontraran. La Alianza del Norte recibía uniformes, armas, dinero, asesoría y órdenes de los oficiales norteamericanos. Por muchas piruetas diplomáticas y legales que George Bush intentara, las masacres cometidas por el ejército subcontratado de la Alianza del Norte eran también responsabilidad suya.

Los hombres y mujeres de a pie, la inmensa mayoría de afganos, solo querían paz desde hacía un cuarto de siglo. Deseaban con vehemencia que las tropas internacionales, lideradas por Estados Unidos, se quedaran unos años en el país para estabilizarlo y garantizar la seguridad. Confiaban en ellas porque no les quedaba nadie más en quien confiar. Tenían todas sus esperanzas puestas en Occidente porque ya no tenían esperanzas. Pero se sentían muy preocupados por el panorama que se estaba dibujando tras la caída del régimen talibán. Tenían buenas razones para ello. A mí me daba la sensación de haber hecho un viaje de siete años atrás en el tiempo, de vuelta a mi estancia de 1994, cuando los talibanes no eran nadie y el país estaba dominado por las facciones muyahidines. La situación era idéntica a la de entonces, un caos de reinos taifa gobernados por comandantes en constante lucha los unos con los otros, aliándose hoy para pelearse mañana.

El gobierno interino pactado en la conferencia de Bonn tomó posesión el 22 de diciembre, justo después del Id musulmán, justo antes de la Navidad de la coalición aliada occidental. Como era previsible el pashtún Hamid Karzai fue nombrado presidente. El gabinete incluía cinco vicepresidentes, veintitrés ministros y dos mujeres. Los tres puestos clave, exteriores, interior y defensa, fueron acaparados por tres tayikos del valle del Panjshir. Aquello no iba a gustar nada a Dostum, ni a los pashtunes, ni a los chiíes. El Afganistán talibán estaba dejando paso al Afganistán de siempre, el de las facciones, esta vez con el auspicio de la comunidad internacional.

Fui a tomar algo al UN Club, un bar decadente regentado por Naciones Unidas. Solo tenían whisky Johnnie Walker y latas de cerveza imbebible encontradas en los sótanos de la embajada estadounidense en Kabul abandonada desde 1989.

Jordi Raich

Máster en Relaciones Internacionales

Investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)